

KRISHNAMURTI

CARTAS A LAS ESCUELAS II

INTRODUCCIÓN

Estas cartas no son para leerse casualmente cuando usted tenga un poco de tiempo que le hayan dejado las otras cosas, ni son para tratarse como un entretenimiento. Estas cartas están seriamente escritas, y si usted se interesa en leerlas, léalas con la intención de estudiar lo que en ellas se dice, como estudiaría una flor mirándola muy atentamente —sus pétalos, su tallo, sus colores, su fragancia y su belleza. Estas cartas deben estudiarse de la misma manera, no leerse una mañana para olvidarlas por el resto del día. Usted debe dedicar tiempo a ello, jugar con ello, cuestionarlo, investigar sin aceptarlo; vivir con ello por algún tiempo; asimilarlo de modo que sea algo suyo y no de quien lo ha escrito.

J. KRISHNAMURTI

15 de noviembre de 1981

Cada profesión tiene su disciplina, cada acto tiene su dirección propia y cada pensamiento tiene su finalidad. En este ciclo está presa la mente humana. Siendo esclava de lo conocido, la mente está siempre tratando de expandir su conocimiento, su acción, dentro de ese campo, donde el pensamiento busca su propia finalidad. En todas las escuelas, la disciplina se considera una armazón para la mente y sus actividades, y en años recientes ha habido revueltas contra cualquier clase de control, restricción o moderación. Esto ha conducido a todas las formas de permisividad, de impudicia, y a la búsqueda del placer a cualquier costo. Nadie respeta a nadie. Parece como si se hubiera perdido toda forma de dignidad personal e integridad profunda. Se gastan miles de millones en drogas, en destruir los propios cuerpos, las propias mentes. Esta total permisividad se ha vuelto respetable y es aceptada como norma de vida.

Para cultivar una buena mente, una mente capaz de percibir la totalidad de la vida como una unidad no fragmentada —y, por eso, una mente sana— es necesario que en todas nuestras escuelas exista cierta clase de disciplina. Debemos comprender juntos las odiadas y quizá despreciadas palabras ‘disciplina’ y ‘reglas’.

Para aprender, necesitan ustedes tener atención; para aprender tienen que escuchar no sólo con los oídos, sino que debe haber una captación interna de lo que se está diciendo. Para aprender es necesario observar. Cuando leen o escuchan estas declaraciones, tienen que prestar una atención que no sea impuesta, y no han de encontrarse bajo ninguna clase de presión ni expectativa de recompensa o castigo. Disciplina significa aprender, no amoldarse. Si uno quiere ser un buen carpintero, debe aprender a usar las herramientas apropiadas con diferentes clases de madera, y tiene que aprender eso de un maestro carpintero. Si uno desea ser un buen médico, tiene que estudiar por muchos años, aprender todos los hechos que conciernen al cuerpo y sus múltiples comportamientos, los remedios adecuados, etc. Cada profesión exige que aprendan sobre ella lo más que puedan. Este aprender consiste en acumular conocimientos al respecto y actuar con toda la destreza posible. El aprender es la naturaleza de la disciplina. Aprender por qué uno debe ser puntual en las comidas, por qué debe haber un tiempo apropiado para el descanso, etc., es aprender acerca del orden en la vida. En un mundo desordenado donde hay mucha confusión política, social y aun religiosa, nuestras escuelas deben ser centros de orden y de educación de la inteligencia. Una escuela es un lugar sagrado donde todos están aprendiendo sobre la complejidad de la vida, y también sobre su simplicidad.

De modo que el aprender requiere dedicación y orden. La disciplina nunca es conformidad, así que no teman a esa palabra ni se rebelen contra ella. Las palabras se han vuelto muy importantes en nuestra vida. La palabra ‘dios’ ha llegado a ser extraordinariamente importante para la mayoría de la gente; o la palabra ‘nación’, o el nombre de un político, etc.

La palabra es la imagen del político; la imagen de dios ha sido formada por miles de años de pensamiento y miedo. Vivimos con imágenes creadas por la mente o por una mano hábil. Aprender acerca de estas imágenes que uno mismo ha creado o aceptado, requiere conocimiento propio.

La educación no consiste sólo en aprender acerca de temas académicos, sino que implica educarse a sí mismo.

15 de diciembre de 1981

Una escuela es un lugar donde se aprende y, por eso, es un lugar sagrado. Los templos, las iglesias y las mezquitas no son lugares sagrados, porque en ellos se ha dejado de aprender. Allí la gente cree, tiene fe, y eso niega enteramente el gran arte de aprender, mientras que una escuela como esas a las que se envía esta carta, debe estar totalmente consagrada al aprender; aprender no sólo con respecto al mundo que nos rodea sino, esencialmente, con respecto a lo que somos los seres humanos, a la complejidad del pensamiento y al por qué nos comportamos del modo en que lo hacemos. El aprender ha sido la antigua tradición del hombre; aprender no sólo de los libros, sino acerca de la naturaleza y estructura psicológica del ser humano. Como eso lo hemos descuidado completamente, hay desorden en el mundo, hay terror, violencia y tienen lugar toda clase de crueldades. Hemos puesto en primer lugar los asuntos del mundo, y no lo interno. Lo interno, si no se comprende, si no se educa y transforma, siempre se sobrepondrá a lo externo por bien organizado que pueda estar políticamente, económicamente y socialmente. Esta es una verdad que muchos parecen olvidar. Por medios políticos, legales y sociales, estamos tratando de traer orden al mundo exterior en que estamos viviendo, e internamente nos hallamos confundidos, inseguros, ansiosos y en conflicto. Sin orden interno, la vida humana estará siempre en peligro.

¿Qué entendemos por orden? El universo, en su más elevado sentido, no ha conocido el desorden. La naturaleza, por mucho que pueda aterrorizar al hombre, siempre está en orden. Se vuelve desordenada únicamente cuando los seres humanos interfieren con ella, y sólo el hombre parece debatirse en luchas y conflictos constantes desde el principio de los tiempos. El universo tiene su propio movimiento de tiempo. Sólo cuando el hombre haya ordenado su vida, habrá de comprender el orden eterno.

¿Por qué el hombre ha aceptado y tolerado el desorden? ¿Por qué cualquier cosa que toca se deteriora, se vuelve corrupta y confusa? ¿Por qué el hombre se ha apartado del orden de la naturaleza —el orden de las nubes, los vientos, los animales y los ríos? Debemos aprender qué es desorden y qué es orden. Desorden es, esencialmente, conflicto, contradicción interna y división entre el devenir y el ser. El orden es un estado en el cual el desorden no ha existido jamás.

Desorden es esclavitud al tiempo. El tiempo es muy importante para nosotros. Vivimos en el pasado, a base de recuerdos, de heridas internas y placeres que pertenecen al pasado. Nuestro pensamiento es el pasado. Siempre se está modificando como reacción al presente, proyectándose hacia el futuro; pero las raíces profundas del pasado siempre están en nosotros, y ésta es la cualidad constrictiva del tiempo. Tenemos que observar este hecho en nosotros mismos y darnos cuenta de su proceso limitativo. Lo que es limitado debe, por fuerza, estar siempre en conflicto. El pasado es conocimiento que se deriva de experiencias, acciones y respuestas psicológicas. Este conocimiento, del que uno puede ser consciente o no, es la verdadera naturaleza de la existencia humana. Así es que el pasado se vuelve sumamente importante, ya sea que se trate de la tradición, de la experiencia o del recuerdo con sus innumerables imágenes. Pero todo conocimiento, del pasado o del futuro, es limitado. No puede haber conocimiento completo. El conocimiento y la ignorancia marchan juntos.

Cuando aprendemos acerca de esto, ese aprender mismo es orden. El orden no es algo planeado a lo cual nos adherimos. En una escuela, la rutina es necesaria, pero la rutina no es orden. Una máquina bien armada, funciona eficientemente. La eficiente organización de una escuela, es absolutamente necesaria, pero esta eficiencia no es un fin en sí misma, no debe contundirse con la libertad respecto del conflicto —libertad que es orden.

Si el educador ha comprendido profundamente todo esto, ¿cómo comunicará al estudiante la naturaleza del orden? Si su propia vida interior está en desorden y él habla de orden, no sólo será un hipócrita que vive internamente en conflicto, sino que el estudiante se dará cuenta de que éste es un lenguaje ambiguo y, por eso, no prestará la más mínima atención a lo que se esté diciendo. Cuando el educador es inamovible en su comprensión, esa misma cualidad será captada por el estudiante. Cuando uno es completamente honesto, esa misma honestidad se transmite a otros.

15 de enero de 1982

Considero que es importante aprender el arte de pensar juntos. Los científicos y los seres humanos más incultos, piensan. Piensan de acuerdo con su profesión, su especialización, o de acuerdo con sus creencias y experiencias. Todos pensamos, ya sea objetivamente o conforme a nuestra inclinación particular; pero, al parecer, nunca pensamos juntos, nunca observamos juntos. Podemos pensar acerca de algo, un problema particular o una experiencia similar, pero este pensar no va más allá de su propia limitación. Pensar juntos —no acerca de un tema en particular— sino la capacidad de pensar juntos, que es algo por completo diferente. Es necesario que pensemos juntos cuando nos enfrentamos a la gran crisis que tiene lugar en el mundo, al peligro, al terror, a la brutalidad final de la guerra.

Para observar esto —no como capitalista, socialista, extremista de izquierda o extremista de derecha, sino para observarlo juntos— es necesario que comprendamos no sólo cómo hemos llegado a este corrupto estado de cosas, sino también que juntos percibamos una salida. El hombre de negocios o el político mira este problema desde un punto de vista limitado, mientras que nosotros estamos diciendo que debemos mirar la vida como una totalidad, no mirarla como ingleses, franceses o chinos.

¿Qué significa mirar la vida como una totalidad? Significa observar al ser humano, observarnos a nosotros mismos, sin división alguna de nacionalidad, ver la vida como un solo movimiento sin comienzo ni fin, sin tiempo, sin muerte. Ésta es una cosa difícil de comprender, porque pensamos desde la parte, no desde la totalidad. Dividimos, esperando con ello comprender lo total desde su fragmento.

El arte de pensar juntos necesita estudiarse muy cuidadosamente, examinarse a fin de ver si ello es siquiera posible. Cada cual se aferra a su propio modo de pensar conforme a sus reacciones particulares, a sus experiencias y prejuicios. Ésta es la manera en que estamos condicionados, lo cual impide que seamos capaces de pensar juntos. Pensar juntos no significa unanimidad. Nuestras mentes pueden unirse con respecto a un ideal, una conclusión histórica o algún concepto filosófico y trabajar en ello, pero esto se basa esencialmente en la autoridad.

La esencia del pensar juntos es la libertad. Uno debe estar libre de sus conceptos, prejuicios, etc. Yo también debo estar libre, y entonces nos unimos en esta libertad. Ello significa abandonar todo nuestro condicionamiento. Implica atención completa, sin intervención alguna del pasado. La presente crisis mundial exige que abandonemos totalmente nuestros instintos tribales, que se han convertido en nuestros glorificados nacionalismos. Pensar juntos implica abandonar por completo nuestro interés propio que nos identifica como inglés, árabe, ruso, etc.

¿Qué ha de hacer, pues, un ser humano que se enfrenta a este peligro del separatismo, del interés propio? Está el movimiento expansionista de un poder u otro, en lo económico, en lo político, o el poder de uno o dos líderes neuróticos e intolerantes. O uno se desentiende de ello y se aísla en la indiferencia, o se incorpora a alguna actividad política, o busca refugio en algún grupo religioso. Ustedes no pueden escapar de esto. Está ahí. ¿Qué hago? Rechazo el actual patrón de las estructuras sociales, los absurdos procedimientos irreligiosos. Rechazo todo eso. De modo que estoy totalmente aislado. Este aislamiento no es un escape ni alguna forma de torre de marfil ni alguna ilusión romántica. Debido a que veo la futilidad, el carácter divisivo, la persecución egoísta del nacionalismo, del expansionismo, de la vida irreligiosa, rechazo la condición totalmente destructiva de esta sociedad. Y así me quedo solo. Como no estoy contribuyendo psicológicamente a la conciencia destructiva del hombre, estoy en la corriente de la bondad, de la compasión y la inteligencia. Esa inteligencia está actuando, enfrentando la locura del mundo actual. Esa inteligencia estará actuando dondequiera que esté lo feo.

15 de febrero de 1982

Debemos considerar juntos qué es lo que entendemos por atención. La mayoría de nosotros aprende lo que es concentración; desde la infancia se nos obliga a concentrarnos en algo que generalmente no nos gusta. Este forzarnos a hacer algo que nos desagrade, engendra una especie de rebelión. La educación, que se ha vuelto un verter de múltiples materias en nuestro cerebro, nos condiciona a ajustarnos. Millones y millones en todo el mundo se instruyen y después no encuentran trabajo. Todo el patrón de la sociedad en que vivimos se ha vuelto tan anormal, tan peligroso, que debemos encontrar un nuevo modo de convivir. Esto requiere sensibilidad y una observación y un pensar muy objetivos. Uno se pregunta si este concentrarse, que limita la percepción, ayudará a producir una calidad distinta de mente.

¿Para qué se les educa a ustedes? ¿En qué van a convertirse como seres humanos? La mediocridad prevalece desde la más alta estructura política a la más elevada organización religiosa. ¿Se les educa para que encajen en este patrón? ¿Van a convertirse en seres humanos mediocres, carentes de toda pasión, en conflicto consigo mismos y con el mundo? Esta es realmente una pregunta muy seria que ustedes tienen que formularse a sí mismos. ¿Puede este ser humano concentrado, agresivo, competitivo, producir un orden diferente en nuestra existencia?

Como dijimos, debemos considerar qué significa estar atentos. Ésta puede ser la clave para una existencia armónica. Tal como están las cosas, el intelecto, toda la actividad del cerebro, que es el pensar, domina nuestra existencia. Esto, naturalmente, produce en nosotros contradicción interna, una conducta peculiar. Cuando sólo predomina una parte de nuestro ser total, ello genera inevitablemente comportamientos neuróticos. Estar atento es percibir este predominio del intelecto, sin el impulso instintivo de controlarlo y sin permitir que el lugar del intelecto sea ocupado por la emoción. Esta percepción lúcida genera sutileza y claridad de mente.

Existe una diferencia entre concentración y atención. La concentración consiste en enfocar toda nuestra energía en un punto particular. En la atención no existe punto focal alguno. Estamos muy familiarizados con la concentración, no con la atención. Cuando uno presta atención a su cuerpo, el cuerpo se aquieta y adquiere su propia disciplina; está relajado pero no flojo y tiene la fuerza de la armonía. Donde hay atención, no hay contradicción y, por lo tanto, no hay conflicto.

Cuando ustedes lean esto presten atención al modo en que están sentados, al modo en que escuchan, al modo en que reciben lo que la carta les está diciendo, al modo en que reaccionan a lo que se dice y a las razones de que encuentren tan difícil atender. Ustedes no están aprendiendo *cómo* atender. Si aprenden *cómo* atender, entonces eso se convierte en un sistema, que es a lo que está acostumbrado el cerebro; y así hacen de la atención algo mecánico y repetitivo, mientras que la atención no es mecánica ni repetitiva. Es el modo de mirar la totalidad de nuestra vida sin el centro del interés propio.

El futuro de todos los seres humanos, que incluye a los jóvenes y a los viejos, parece ser sombrío y amenazador. La sociedad misma se ha vuelto peligrosa y absolutamente inmoral. Cuando un joven se enfrenta al mundo, le preocupa lo que va a sucederle en el curso de su vida, y eso lo atemoriza bastante. Sus padres lo envían a la escuela y, si tienen dinero, a la universidad, y les interesa que pueda colocarse en un empleo, que se case, que tenga hijos, etc. Los padres, está a la vista en todo el mundo, tienen muy poco tiempo para sus propios hijos. Después que han pasado unos cuantos años desde el nacimiento, los han perdido; tienen muy poca relación con sus hijos. Se preocupan por sus propios problemas, sus ambiciones y todo eso, y los hijos quedan a merced de sus educadores, que necesitan educación ellos mismos. Pueden ser excelentes desde el punto de vista académico, y también ellos se interesan en que sus estudiantes alcancen las más altas calificaciones (también académicamente) y que la escuela tenga la mejor reputación, pero los educadores tienen sus propios problemas. Sus salarios, excepto en unos pocos países, son relativamente bajos, y socialmente los educadores no gozan de muy alta estima.

Así, los que reciben educación pasan por una época difícil con sus padres, sus educadores y sus compañeros de clase. Ya se ha instalado ahí la marea de la lucha, de la ansiedad, del miedo y de la competencia. Éste es el mundo que ellos tienen que afrontar; un mundo superpoblado, desnutrido, un mundo de guerras, de terrorismo en aumento, de gobiernos ineficientes, de corrupción, un mundo que se enfrenta a la amenaza de la pobreza. Esta amenaza es menos evidente en las sociedades opulentas y muy bien organizadas, pero se siente en aquellas partes del mundo donde hay una pobreza tremenda, superpoblación e indiferencia por parte de gobernantes ineficientes. Éste es el mundo que los jóvenes tienen que afrontar, y es natural que estén realmente atemorizados. Ellos tienen una idea de que deberían gozar de libertad e independencia con respecto a la rutina, de que no deberían ser dominados por sus mayores, y huyen asustados de toda autoridad. Para ellos, la libertad implica poder elegir lo que les gusta hacer, pero están confundidos, se sienten inseguros y quieren que se les indique lo que deben hacer.

En el mundo oriental, la familia, los padres, juegan un papel muy importante en la vida de los jóvenes. La unidad familiar aún se mantiene ahí. Aunque los hijos puedan ganarse la vida en diferentes partes del mundo, la familia constituye el centro de sus vidas. Esto está desapareciendo rápidamente en el mundo occidental. De modo que el estudiante está atrapado entre su propio deseo de tener libertad para hacer lo que le plazca, y la sociedad que le exige adaptarse a sus propias necesidades de llegar a ser un ingeniero, un científico, un soldado o un especialista de alguna clase. Éste es el mundo al que ellos tienen que enfrentarse inevitablemente, y del que entran a formar parte durante su educación. Es un mundo que aterriza.

Todos queremos tener seguridad, tanto física como emocionalmente, y esto se está volviendo más y más difícil y penoso. De modo que nosotros, la generación de los mayores, si sentimos algún afecto por nuestros hijos, debemos preguntarnos qué es, entonces, la educación. Si esta educación, tal como es ahora universalmente, consiste en prepararlos para que vivan en perpetua lucha, conflicto y temor, entonces debemos preguntarnos qué sentido tiene todo eso. ¿Es la vida un movimiento, una corriente de dolor y ansiedad con ocasionales llamaradas de alegría y felicidad, y un derramar de lágrimas no derramadas? Infortunadamente, la generación de los mayores no se formula estas preguntas, ni tampoco lo hace el educador. Así, la educación tal como es ahora, consiste en afrontar una monótona y estrecha existencia sin sentido, pero nosotros queremos darle un sentido a la vida. La vida no tiene, aparentemente, sentido por sí misma, pero nosotros deseamos darle un sentido, y así inventamos dioses, múltiples formas de religión y otros entretenimientos, incluyendo el nacionalismo y los métodos para matarnos unos a otros, todo ello para escapar de nuestra monótona existencia. Esta es la vida de la generación de los mayores, y será la vida de los jóvenes.

De modo que nosotros, los padres y educadores, tenemos que encarar este hecho y, sin escapar de él mediante teorías, buscar nuevas formas de educación y una estructura nueva. Si nuestras mentes no ven con claridad a qué nos estamos enfrentando, será inevitable que, consciente o inconscientemente, nos deslicemos en la inercia y nada hagamos al respecto. Hay mil personas que nos dirán lo que debemos hacer: los especialistas y los chiflados. Antes de haber comprendido la inmensa complejidad del problema, ya queremos operar sobre él. A todos nos interesa mucho más actuar que ver la totalidad de la cuestión que afrontamos.

El verdadero problema es la calidad de nuestra mente. No su conocimiento, sino la profundidad de la mente que se enfrenta al conocimiento. La mente es infinita, es la naturaleza del universo que tiene su propio orden, su propia e inmensa energía. Ella es eternamente libre. El cerebro, así como es ahora, es el esclavo del conocimiento y, por tanto, es limitado, finito y fragmentario. Cuando el cerebro se libera de su condicionamiento, entonces el cerebro es infinito; sólo entonces no hay división entre la mente y el cerebro. La educación consiste, pues, en liberar al cerebro del condicionamiento, del vasto conocimiento que ha acumulado como tradición. Esto no niega las disciplinas académicas, que tienen su propio y exacto lugar en la vida.

15 de octubre de 1982

Como dijimos, la educación no sólo debe ser eficiente en las disciplinas académicas, sino que también debe explorar el condicionamiento en la conducta humana. Esta conducta es el resultado de muchos, muchos siglos de miedo, ansiedad, conflicto y búsqueda de seguridad, tanto interna como externamente, tanto biológica como psicológicamente. El cerebro está condicionado por estos procesos. El cerebro es el resultado de la evolución, que es tiempo. Nosotros somos la consecuencia de este pasado que se ha acumulado tanto religiosamente como en nuestra vida cotidiana, y este pasado se basa en la recompensa y el castigo, igual que en un animal, un perro, cuando se le adiestra. Nuestro cerebro es un instrumento extraordinario de enorme energía y capacidad. Miren lo que ha hecho en el mundo exterior, en el mundo que nos rodea. Lo ha dividido en diversas razas, religiones y nacionalidades. Ha hecho esto para tener seguridad. Ha buscado esta seguridad en el aislamiento religioso, político y económico, en la unidad de la familia, en las pequeñas comunidades y asociaciones. Ha buscado esta reacción protectora en las organizaciones y en las clases gobernantes.

El nacionalismo ha sido una de las principales causas de la guerra. Nuestros políticos se interesan en mantener el nacionalismo con su economía, y de ese modo practican el aislamiento. Donde hay aislamiento, tiene que haber oposición, agresión; y la buena relación con otras naciones parece ser el comercio, el intercambio de armamentos, el equilibrio del poder y la conservación del poder en pocas manos. Éstos son nuestros gobiernos, ya sean totalitarios o democráticos. Hemos tratado de producir orden en nuestra sociedad mediante la acción política, y así nos hemos vuelto dependientes de los políticos. ¿Por qué los políticos han llegado a ser tan extraordinariamente importantes como los gurús, como los líderes religiosos? ¿Será porque siempre hemos dependido de agentes externos, de fuerzas externas para poner nuestra casa en orden, para controlar y moldear nuestras vidas? La autoridad externa de un gobierno, la autoridad de nuestros padres, de cualquier forma de dirigente especializado, parece darnos alguna esperanza para el futuro. Esto forma parte de nuestras tradiciones de dependencia y aceptación. Ésta ha sido la tradición largamente acumulada que ha condicionado nuestro cerebro. La educación ha aceptado sus métodos, y así el cerebro se ha vuelto mecánico y repetitivo.

¿No es, acaso, función del educador comprender la tremenda energía acumulada del pasado, aunque sin negar su necesidad en ciertas áreas de nuestra vida? Como educadores nos interesa producir el florecimiento de un buen ser humano, ¿no es así? Esto no es posible cuando el pasado, por modificado que esté, continúa ahí. ¿Cuáles son, entonces, los factores de nuestro condicionamiento? ¿Qué es lo que está siendo condicionado, y quién es el que produce el condicionamiento? Cuando formulamos esta pregunta, ¿percibimos nuestro actual condicionamiento y desde esa percepción formulamos la pregunta, que entonces tiene una gran vitalidad? ¿O estamos formulando una pregunta teórica, problemática? No nos interesan de ningún modo las preguntas hipotéticas; estamos tratando con realidades —la existencia real, lo que es. Nos preguntamos cuál es la causa de este estado que revelan los seres humanos. Puede haber una sola causa o puede haber muchas causas. Muchos arroyos pequeños entregan sus aguas a un río grande. La profundidad, el volumen y la belleza son sumamente importantes, no el seguir cada pequeño arroyo hasta su origen. De modo que en nuestra investigación nos interesa la totalidad de nuestra existencia, no un fragmento particular de ella. Sólo cuando comprendemos la inmensidad de la vida con sus complejidades, podemos preguntarnos cuál es la causa de nuestro condicionamiento.

Uno siente que primero es necesario comprender, no verbalmente o intelectualmente, sino percibir que la vida es la mujer, el hombre, el niño, los animales, el río, el cielo y el bosque —la totalidad de ello. Percibir esto, no tener la idea de ello, sino ver su inmensidad y belleza. Si no captamos la significación de esto —que todo el vasto movimiento de la vida es un movimiento único— cuando preguntamos cuál es la causa del condicionamiento, producimos la fragmentación de la vida.

De modo que, en primer lugar, nos damos cuenta de que este movimiento de los cielos, la tierra, la existencia humana, es indivisible. Sólo después llegamos a lo particular. Cuando los cielos, la tierra y los seres humanos son un solo y vasto proceso unitario, entonces la investigación sobre la causa de nuestro condicionamiento ya no es fragmentaria, divisiva. Entonces podemos preguntarnos cuál es la causa; la pregunta tiene entonces profundidad y belleza.

Para descubrir la causa, debemos movernos juntos e inquirir en la naturaleza y estructura del ser humano. Aparte de lo biológico, de lo orgánico, que si se deja actuar por sí mismo tiene su propia inteligencia natural, sus propias reacciones protectoras, está todo el campo psicológico —las respuestas internas, las heridas internas, los temores, las contradicciones, los placeres pasajeros y la carga del dolor. Esta psiquis, cuando es desordenada, confusa, afecta naturalmente la existencia biológica. Entonces la enfermedad es psicosomática. Estamos interesados, ¿no es así?, en la exploración de nuestra naturaleza interna, que es muy compleja. Esta exploración implica realmente educarnos a nosotros mismos —no cambiar 'lo que es', sino comprenderlo. Es importante que también esto se capte, que vivamos con ello. Es mucho, mucho más importante que 'lo que debería ser'. La comprensión de lo que realmente somos, es mucho más esencial que trascender lo que somos. Somos el contenido de nuestra conciencia. Nuestra conciencia es muy compleja, pero su sustancia misma es movimiento. Esto debe comprenderse claramente —que no estamos tratando con teorías, hipótesis o ideales, sino con nuestra propia y real existencia cotidiana.

Como lo hemos señalado, estamos profundamente comprometidos con nuestra vida cotidiana; lo estamos como educadores y como seres humanos. Primero somos seres humanos y después educadores; no a la inversa. Como ser humano, con una especial profesión de educar, la vida del maestro no se desenvuelve solamente en el aula, sino que está comprometida con todo el mundo exterior, así como con sus propias luchas internas, sus ambiciones y relaciones. El maestro está tan condicionado como el estudiante. Aunque su condicionamiento pueda variar, sigue siendo condicionamiento. Si uno lo acepta como inevitable y se deja guiar por él, entonces está además condicionando a otros. Hay muchos que aceptan esto, tratando de modificar sus limitaciones, pero como educadores a ustedes les concierne producir una entidad social diferente, ¿no es así?, una generación futura que perciba la inutilidad de las guerras y del asesinato organizado; una generación que se interese en la relación global, sin aislamientos nacionalistas; una generación que esté comprometida con la verdad. Ésta es, indudablemente, la función de un verdadero educador.

La conciencia humana está condicionada. Cualquier persona reflexiva aceptaría este hecho, pero muchos de nosotros no nos damos cuenta de ello, y tal vez el educador tampoco. Una de las funciones del maestro es darse cuenta de su condicionamiento e investigar si le es posible librarse de su limitación. Tenemos que investigar, pues, qué es darse cuenta, qué es concentrarse y qué es prestar atención total. Es muy importante comprender el significado de estas cosas.

Darse cuenta, percibir, implica sensibilidad; ser sensible a la naturaleza, a las colinas, a los ríos y árboles que a uno lo rodean; percibir a ese hombre pobre que baja por el camino; ser sensible a sus sentimientos, a sus reacciones, a su espantosa y degradante pobreza; ser sensible al hombre que está sentado junto a uno, o al nerviosismo de nuestro amigo o de nuestra hermana. Esta sensibilidad no contiene en sí opción alguna, no es crítica. No hay en ella juicio ni evaluación. Ustedes son sensibles a la nube, con respecto a la cual nada pueden hacer. ¿Es esta sensibilidad el resultado del tiempo y de la práctica? Si admiten el pensamiento y la práctica, entonces ese mismo pensamiento, esa práctica, matan la sensibilidad. Aprendan a observar sensiblemente, aprendan lo que implica la sensibilidad; no la cultiven, cáptenla. No pregunten cómo captarla, ¡háganlo! En la percepción misma son ustedes sensibles. En la sensibilidad no hay resistencia. La sensibilidad lo es a lo inmediato y a lo infinito.

Concentración es el proceso de resistencia. Todo educador sabe lo que es concentrarse. El educador se ocupa de atestar el cerebro con conocimientos sobre múltiples materias, a fin de que el estudiante pueda pasar los exámenes y conseguir un empleo. El estudiante también tiene esto en mente. El educador y el estudiante fomentan el uno en el otro esa forma de resistencia que es la concentración. De ese modo, está uno desarrollando la capacidad de resistir, de excluir, y así se aísla gradualmente. Concentrarse es enfocar la energía de uno en el pizarrón o en un libro, evitando la distracción. La propia palabra 'distracción' implica concentración. En realidad, la distracción no existe. Sólo existe la resistencia llamada concentración, y cualquier movimiento que nos aleja de eso, se considera que es una distracción. Y así, en ello hay conflicto, lucha y resistencia. Esta resistencia producirá inevitablemente la limitación del cerebro, limitación que constituye nuestro condicionamiento. Percibir con sensibilidad todo este movimiento, es moverse en un área diferente —implica estar atento.

¿Qué es estar atento? Si realmente captamos qué significa ser sensible, darse cuenta, si captamos lo limitada que es la concentración —captarlo no de manera verbal o intelectual, sino percibir la realidad de tales estados— entonces podemos preguntarnos qué es estar atento. La atención incluye el ver y el escuchar. Escuchamos no sólo con nuestros oídos, sino que también somos sensibles a los tonos, a la voz, a la implicación de las palabras; cuando escuchamos así, sin interferencia alguna, captamos instantáneamente la profundidad de un sonido. El sonido juega un papel extraordinario en nuestras vidas; el sonido de un trueno, una flauta sonando en la distancia, el extraño sonido del universo; el sonido del silencio, el sonido del propio corazón que late; el sonido de un pájaro y el ruido de un hombre que camina sobre el pavimento; el sonido de una cascada. El universo está lleno de sonido. Este sonido tiene su propio silencio; todas las cosas vivientes están incluidas en este sonido del silencio. Estar atento es escuchar este silencio y moverse con él.

El ver es una cuestión muy compleja. Uno ve un árbol, lo ve casualmente con los ojos y pasa de largo rápidamente, sin ver jamás los detalles de una hoja, su forma y estructura, sus colores, la variedad de los verdes. Observar una nube que contiene en sí toda la luz del mundo, seguir el sonido de un torrente que parlotea mientras descende por la colina; mirar, con sensibilidad sin resistencia, al amigo de uno, verse uno a sí mismo sin las sombras del rechazo o de la aceptación fácil; verse como una parte del todo; ver la inmensidad del universo. Esto es observación: ver sin la sombra del 'yo'.

La atención es este escuchar y este ver, y en esta atención no hay limitación ni resistencia; por lo tanto, es una atención ilimitada. Atender implica esta inmensa energía que no está restringida a un punto. En esta atención no existe un movimiento repetitivo; no es mecánica. No es cuestión de *cómo* mantener esta atención, y cuando uno ha aprendido el arte de ver y escuchar, esta atención puede, ella misma, enfocarse en una página, en una palabra. En esto no hay resistencia, que es la actividad de la concentración. La inatención no puede perfeccionarse para convertirse en atención. Darse cuenta de la inatención, es terminar con ella; no es que la inatención se vuelva atención. El terminar con la inatención no tiene continuidad. El pasado que se modifica a sí mismo, es el futuro —una continuidad de lo que ha

sido— y es en la continuidad que nos sentimos seguros, no en el terminar con algo. De modo que la atención no tiene la característica de la continuidad. Cualquier cosa que continúa es mecánica. El devenir es mecánico e implica tiempo. La atención no tiene la cualidad del tiempo. Todo esto es un asunto muy complicado. Uno debe investigarlo poco a poco y muy a fondo.

15 de noviembre de 1982

Al parecer, creemos la educación termina cuando dejamos la escuela o el colegio. No consideramos la totalidad de la existencia humana como un proceso en el cual la educación propia es constante y tal vez no termina jamás. Así, la mayoría de nosotros limita la educación a un período muy corto, y por el resto de nuestras vidas continuamos más bien embotados, aprendiendo solamente unas pocas cosas absolutamente necesarias y cayendo en una rutina —y, por supuesto, siempre está la muerte aguardando. Esta es, realmente, nuestra vida —casamiento, hijos, trabajo, placeres efímeros, dolor y muerte. Si ésta es toda nuestra vida, y aparentemente lo es, ¿cuál es, entonces, el verdadero significado de la educación? Jamás nos formulamos estas preguntas fundamentales; probablemente son demasiado perturbadoras. Pero como somos maestros en escuelas y colegios, debemos preguntarnos cuál es el propósito de la educación y el aprendizaje. Sabemos que ello nos asegura alguna clase de empleo, pero aparte de la ocupación física con sus responsabilidades, ¿qué entendemos por enseñar y qué es para nosotros un maestro?

Tal como se entiende generalmente, un maestro habiendo ya estudiado determinadas materias, informa sobre ellas al estudiante. ¿Constituye esto la razón de ser de un maestro —solamente transmitir conocimientos? Estamos, pues, investigando la naturaleza del maestro y la del educando. ¿Quién es un maestro? ¿Cuáles son las implicaciones del enseñar, aparte del programa de estudios? Muy pocos son maestros consagrados a la enseñanza. Se dedican a ayudar a los estudiantes en sus estudios, pero seguramente un maestro tiene una significación mucho mayor.

El conocimiento debe, inevitablemente, ser superficial. Es el cultivo de la memoria, el empleo eficiente de esa memoria, etc. Como el conocimiento es siempre limitado, ¿es la función del maestro ayudar al estudiante a vivir toda su vida sólo dentro de las limitaciones del conocimiento? Primero debemos darnos cuenta de que el conocimiento es siempre limitado, como lo son todas las experiencias. Este empleo del conocimiento con sus limitaciones puede ser muy destructivo. Es destructivo en las relaciones humanas. En la relación, el conocimiento —que es la acumulación de múltiples incidentes, experiencias, reacciones— cultiva la imagen de la otra persona y oculta la realidad de esa persona y de la relación misma.

Cuando existe una continuidad, una tradición creada por el pensamiento y transmitida de generación en generación, entonces el pasado, que es la acumulación del conocimiento, oscurece el real presente vivo. Cuando el conocimiento se convierte en una rutina mecánica, limita el cerebro, lo vuelve rígido e insensible. Cuando el conocimiento se usa para respaldar al nacionalismo mediante las guerras, entonces se vuelve bestial, espantosamente cruel y completamente inmoral. El conocimiento no es belleza, pero el conocimiento es necesario, por ejemplo, para perforar un pozo. Todo el mundo tecnológico se basa en el conocimiento, y ese mundo está tomando a su cargo nuestras vidas. Si permitimos que el conocimiento sea la autoridad única, y que la esperanza que ofrece el conocimiento vaya en aumento, entonces vivimos en una ilusión fatal. Estamos diciendo que el conocimiento tiene su lugar en la existencia cotidiana, pero que cuando el conocimiento es la esencia única de nuestra vida, entonces nuestra vida debe por fuerza estar confinada a la actividad mecánica.

¿Es la comunicación del conocimiento la única función del maestro —como ahora sucede— y sólo consiste en transmitir informaciones, ideas, teorías, y difundir estas teorías discutiendo sus diversos aspectos? ¿Es ésta la única función del maestro? Si esto es todo cuanto le concierne al maestro, entonces él no es más que una computadora viviente. Pero es indudable que el maestro tiene una responsabilidad mucho mayor. Debe interesarse en la conducta, en la complejidad de la acción humana, en un estilo de vida que implique el florecimiento de la bondad. Ciertamente, debe interesarse en el futuro de sus estudiantes. ¿Cuál es el futuro de estos estudiantes? ¿Cuál es el futuro del hombre? ¿Cuál es el futuro de nuestra conciencia, tan confundida, tan perturbada, desordenada y en constante conflicto? ¿Tenemos que vivir perpetuamente en el conflicto, en la angustia y el dolor? Cuando el maestro no está en comunicación con el estudiante acerca de todas estas cuestiones, entonces es meramente una máquina activa e ingeniosa que está perpetuando otras máquinas.

De modo que formulamos una pregunta muy fundamental: ¿Qué es un maestro? La profesión del maestro es la más elevada profesión del mundo, aunque la menos respetada, porque si el maestro está profundamente, seriamente comprometido con su profesión, está liberando al cerebro humano de su condicionamiento —no sólo su propio cerebro, sino también el del estudiante. Él está condicionado, y lo está el estudiante. Éste es un hecho, lo admita o no el maestro, y en la relación con el estudiante, el maestro está ayudándose a sí mismo y ayuda al estudiante a liberar la conciencia de su limitación.

Una relación es un proceso de aprender. Una relación no es un asunto estático, sino un movimiento lleno de vida y, por tanto, jamás permanece igual. Lo que la relación fue ayer, no lo es hoy. Cuando el ayer domina en la relación, entonces la relación es lo que fue, no una cosa viva. El amor no es 'lo que fue'. Cuando la relación entre el maestro y el estudiante tiene este elemento del compañerismo, de la mutua eliminación del condicionamiento, cuando tiene humildad, entonces la sensibilidad y el afecto son naturales. Un maestro podría decir que todo esto es imposible. Cuando las autoridades de una escuela requieren que haya cincuenta estudiantes en una clase donde tiene lugar todo tipo de majaderías, ¿qué puede hacer, entonces, un maestro? Es obvio que no puede hacer nada. Pero nosotros hablamos de escuelas donde esto no ocurre. Ahí el maestro puede establecer esta relación, y así se halla profundamente comprometido en el florecimiento de los seres humanos.

Primero de diciembre de 1982

Parece que muy pocos maestros se dan cuenta de su gran responsabilidad, no sólo hacia los padres, sino también en la relación que tienen con los estudiantes. ¿Cuál es esta relación? ¿De qué modo contempla uno esta relación? ¿Es una comunicación de informaciones? ¿Es la afirmación verbal de ciertos hechos? ¿Es superficial la relación, es casual, efímera? El maestro, ¿es un ejemplo? Como maestro, ¿soy yo una influencia? Si soy un ejemplo que algunos de mis estudiantes deben seguir, entonces me convierto en un tirano; entonces la disciplina se vuelve ajuste a un patrón. Ellos me imitan, imitan mis maneras, mis gestos, etc. Pero yo no quiero que me sigan, no quiero influenciarlos. Quiero que comprendan hasta qué punto todos nosotros somos influidos, moldeados para ajustarnos a un patrón. Mi percepción, mi intención es la de ayudar a mis estudiantes para que se liberen de toda clase de influencia, buena o mala, de modo que vean por sí mismos cuál es la acción correcta. Que no se les diga cuál debe ser esa acción, sino que tengan la capacidad y la energía necesarias para ver lo falso y lo verdadero. O sea, que mi interés primordial es el de cultivar la inteligencia de los estudiantes, de modo que puedan enfrentarse inteligentemente a la vida con todas sus complejidades. Veo que ésta no es una meta, sino una realidad inmediata. Sé que ellos son influenciados por sus padres, por sus compañeros de estudios y por el mundo que los rodea. Los jóvenes se dejan influenciar con facilidad. Pueden rebelarse contra ello, pero consciente o inconscientemente, hay presión que genera tensiones. De modo que, como maestro y como ser humano, me pregunto de qué manera puedo dar origen al carácter y a la energía de esa inteligencia.

Comienzo por ver que debo ser tanto introvertido como extrovertido en el mundo de la acción, y que internamente no tengo que ser egoísta sino que debo volver mis ojos y oídos hacia las sutilezas de la vida. O sea, que debo ser capaz de amparar y, al mismo tiempo, cultivar la generosidad, ser tanto el que da como el que recibe. Siento todo esto si soy realmente un maestro dedicado en el verdadero sentido de la palabra. Para mí ésta no es una profesión; es algo que tiene que hacerse. De esa manera me vuelvo mucho más alerta y sensible al mundo, a lo que ahí está sucediendo; e internamente, comprendo la necesidad de estar por encima y más allá de mis intereses egoístas. Veo esto como un movimiento total, lo externo y lo interno, indivisible como las aguas del mar que entran y salen. Entonces me pregunto: ¿Cómo he de ayudar al estudiante para que se dé cuenta de esto?

Sensibilidad implica vulnerabilidad. Uno es sensible a sus reacciones, a sus heridas internas, a su bloqueada existencia; o sea, que uno es sensible con respecto a sí mismo, y en este estado de vulnerabilidad hay realmente interés propio y, por tanto, existe la capacidad de ser lastimado, de volverse neurótico. Ésta es una forma de resistencia que se concentra esencialmente en el 'yo'. La fuerza de la vulnerabilidad no es egocéntrica; es como la fresca hoja de primavera, que puede soportar fuertes vientos y florecer. Esta vulnerabilidad no puede ser lastimada, cualesquiera que sean las circunstancias. La vulnerabilidad carece de un centro como el 'yo'. Posee una fuerza extraordinaria, tiene vitalidad y belleza.

Como ser humano, como maestro, y en mí mismo, veo esto con la mayor claridad posible; pero como maestro no soy todo esto. Estoy estudiando, estoy aprendiendo. Como maestro estoy en relación con mis estudiantes, y en esa relación estoy aprendiendo. ¿De qué manera he de comunicar todo esto a mis estudiantes que están condicionados, que son irreflexivos, juguetones, traviosos como lo son los niños normales? Yo enseño materias y me estoy preguntando si todas estas cosas puedo comunicarlas a través de las matemáticas, la física o la biología. ¿O son algo aparte que debe memorizarse? Veo que lo otro no es el cultivo de la memoria, de modo que tengo este problema: por un lado el cultivo de la memoria en geografía, etc., a fin de aprobar los exámenes y finalmente obtener un empleo, y por el otro, tengo una vaga noción de que la inteligencia no es mecánica, que no es el cultivo de la memoria. Este es mi problema. Me pregunto si estas dos cosas están separadas. ¿O la inteligencia, si se despierta desde el comienzo mismo de nuestra vida, puede incluir la memoria sin ser un esclavo de ella? Lo más grande incluye lo más pequeño. El universo contiene lo particular. Pero lo particular no puede permanecer en su propia y estrecha esfera.

Estoy comenzando a comprender este factor tan importante porque soy un maestro dedicado que está usando la enseñanza como escalón para otra cosa. Me pregunto, entonces, qué hacer con estos niños que tengo frente a mí. Ellos no se interesan en todo esto. Están prontos a intimidarse mutuamente, a competir entre ellos, son envidiosos, etc. Ahora bien, usted que es ajeno a todo esto, ¿comprende mi problema? Tiene que comprenderlo, porque usted también es un maestro a su propio modo, en su casa, en los campos de deportes o en los negocios. Todos somos maestros de un modo u otro, así que no se limite a dejarme con mi problema. Es también su problema. Así que hablemos sobre ello.

Ambos vemos, así lo espero, que estamos en esta situación: que la principal y mayor importancia radica en dar origen a esta inteligencia en todos los niños y en los estudiantes de quienes somos responsables. No me deje solo para que yo resuelva este problema, hablemos al respecto. En primer lugar, quiero que usted y yo comprendamos el problema. Dejemos tranquilos por el momento a los niños y al estudiante. ¿Vemos que el estudiante, a la larga tiene que tener una ocupación y, por tanto, ha de comprender el mundo, las necesidades del mundo, su desorden implícito y su creciente destrucción y deterioro? Él ha de encarar todo esto, no como una entidad especializada, porque en tal caso es incapaz de enfrentarse al mundo.

Todo ello implica la adquisición de conocimientos, y la meticulosa disciplina del conocimiento. En tanto el mundo sea lo que es, el estudiante tiene que actuar en una dirección determinada, y la mayor parte del tiempo está ocupado en

eso, tal vez ocho o diez horas al día. También ha de estudiar y aprender acerca de todo el mundo psicológico que no ha sido explorado por nadie. Aquellos que han explorado algo, cuentan lo que han descubierto; esto se convierte en conocimiento, y el estudiante meramente lo sigue. Eso no es una fiel exploración en uno mismo. De modo que usted y yo tenemos este problema. Usted puede estar interesado casualmente, pero yo como maestro, me intereso de verdad. Yo también estoy condicionado; no soy totalmente vulnerable, en el sentido que le hemos dado aquí. Tengo mis problemas familiares, etc., pero mi dedicación desplaza todo eso. ¿Qué debo hacer o no hacer? ¿Es que eso requiere no una acción, sino la creación, con otros maestros, de la atmósfera apta para este designio? El designio no es una meta que deba alcanzarse algún tiempo después. El designio es la actividad siempre presente, en la cual el tiempo no está involucrado en absoluto.

15 de diciembre de 1982

El diseño es mucho más importante que el logro de una meta, de un fin. El diseño no es sólo una conclusión intelectual e ideológica, sino más bien un presente activo y vital. Es la mecha que arde en un tazón de aceite. No puede ser apagada, ninguna brisa puede extinguirla. La mecha es sólida y el aceite no es alimentado por ninguna fuente o influencia externa. No tiene causa, y así la llama, la mecha y el aceite perduran para siempre. Éste es mi diseño como maestro dedicado, y debe ser el diseño de ustedes como padres y el de toda la humanidad, porque ello nos concierne a todos. La llama vital del diseño es dar origen a un ser humano bueno, inteligente, libre y sumamente capaz.

Ustedes no pueden escapar de este diseño. Están comprometidos en él tanto como yo lo estoy. Pueden huir asustados, pueden pasarlo por alto, descuidarlo, pero son tan responsables como yo. El futuro es responsabilidad nuestra, de modo que éste es nuestro problema inmediato. Mi problema y el de ustedes es cultivar la inteligencia comprensiva de la cual fluyen todas las otras cosas. Puedo ver esto en mi imaginación como el factor central, porque ninguna persona inteligente, en el sentido que usamos esa palabra, querría jamás lastimar a otra intencionalmente. Una persona así tratarla a la humanidad como se tratarla a sí misma, sin esa terrible división destructiva. Yo también puedo sentir, de un modo algo indefinido, no sentimental, que esta inteligencia es totalmente impersonal, ni suya ni mía. Puedo sentir su tremenda atracción y su verdad.

Ahora bien, ¿de qué manera puedo cultivar esto en mis estudiantes y en mí mismo? Estoy usando la palabra equivocada —cultivar—; el cultivo implica la actividad del pensamiento, implica un logro, un trabajo. Empiezo a percibir, pues, que la inteligencia es por completo diferente de la actividad del pensamiento. El pensamiento no tiene relación alguna con la inteligencia. Ésta no puede nacer del pensamiento, porque el pensamiento es siempre limitado.

Entonces, habiendo enunciado esto, que no es una percepción indefinida sino un diseño ardiente, me pregunto si es posible para mí comunicar al estudiante la calidad de este diseño. ¿Puedo, acaso, hacerlo por medio de las matemáticas, la biología o alguna otra materia? Digamos, por ejemplo, que soy un profesor de matemáticas, y sé que los cerebros de los estudiantes están condicionados, que son limitados, adaptables. La matemática es orden, orden infinito. El orden es el universo, es la inteligencia. El orden no es estático, es un movimiento vivo. Nuestra vida es movimiento, pero en ella hemos generado desorden. Por lo tanto, voy a hablar a los estudiantes no sólo de las matemáticas, sino acerca del orden en la vida de ellos y en la mía. La negación del desorden es orden. Un ser humano confundido, desordenado inseguro, al tratar de establecer orden, sólo crea más desorden. Esto lo veo muy, muy claramente, de modo que voy a ayudarles, y al ayudarles me estoy ayudando a mí mismo. El orden no puede practicarse como ustedes pueden practicar las matemáticas —paso a paso. Lo primero que debemos advertir, pues, es que el pensamiento jamás puede generar orden, hágase lo que se quiera mediante la legislación, la administración o la compulsión. La matemática no es desorden. La matemática en sí misma es básicamente orden. El orden es independiente del pensamiento. El pensamiento no puede producir orden; cuanto más lo intenta, más grande es la confusión. El pensamiento es capaz de ver el orden de la matemática, pero este orden no es producto del pensamiento. Uno puede ver la gran majestad y belleza de una montaña, pero el ser humano que ve eso, puede no tener dignidad, ni majestad, ni belleza.

Ahora bien, con todo esto, yo mismo debo estudiar este orden y desorden antes de que pueda comunicarlo a mis alumnos. Estudiar en un libro un tema determinado, es muy diferente de estudiar el 'mí mismo', que es desordenado, confuso. El libro se revela frase por frase, capítulo por capítulo, y llega a una conclusión u otra. El libro es visible, y uno puede emplear quizás años en la materia que trata el libro. Pero yo no estoy estudiando un libro; estudio un libro que no contiene letra impresa, que no puede ser leído con los ojos de otra persona. Debo descubrir, pues, cómo estudiarlo. Usted también está haciendo esto conmigo, de modo que no se haga a un lado. Yo estoy estudiando porque me interesa personalmente, y también para comunicarlo al estudiante. No es que yo estudie sólo para mí mismo. El libro y el tema en sí son palpables, tangibles. Las palabras comunican cierto significado definido, pero estudiar esta materia tan tenue, viva y cambiante —que es mi propia calidad de cerebro, el cual ha vivido y vive aún en el desorden, la confusión y el temor mucho más difícil, que leer un libro. Ello exige rapidez, sutileza, requiere moverse sin dejar huella alguna. ¿Tengo una calidad semejante? Al formularme esta pregunta, no sólo estoy estudiando a quien la formula, sino que también estudio el diseño que existe tras la pregunta.

Estoy estudiando, pues, muy cuidadosamente la totalidad del fenómeno, sin llegar jamás a una conclusión definida. Esta vigilancia constante, que no permite jamás que una sombra cruce rápida junto a uno sin ser cuidadosamente observada, hace que el cerebro y toda la actividad del pensamiento se aquieten sin embotarse. Tomo un descanso y recobro nuevamente ese estado. El descanso es tan importante como renovar la observación. Estoy captando el perfume de esa inteligencia, su extraordinaria sutileza, y así todo el organismo físico se vuelve más activo, más alerta, y comienza a tener un ritmo diferente. Está creando su atmósfera propia.

Ahora puedo acudir a la clase, ya sea bajo un árbol o en un aula donde se supone que enseñé matemáticas; sé que los estudiantes tienen que obtener calificaciones en ellas y, por los primeros cinco o diez minutos, les hablo explicándoles muy claramente lo que he estado estudiando, y cómo también para ellos es posible estudiar eso. Estoy enseñándoles el arte de estudiar. Me interesa de veras muchísimo comunicarles mi diseño profundo, y ellos se sienten envueltos en mi pasión. Yo les explico, paso a paso, cómo abordar esta cuestión de la inteligencia. Les hago notar el orden y la belleza de un árbol, que no son producto del pensamiento. Insisto en que vean esto claramente —que la

naturaleza y los cielos y los animales salvajes del bosque, no son producto del pensamiento, aunque el pensamiento pueda usarlos para su propia conveniencia o para la destrucción. En su actividad, el pensamiento ha generado gran destrucción, y también una grande y efímera belleza.

En cada oportunidad, y sin aburrirme yo ni aburrir a los estudiantes, hablo de estas cuestiones con humor y seriedad. Ésta es mi vida, porque esta inteligencia es suprema. El orden no tiene causa y, por lo tanto, es eterno; pero el desorden tiene una causa, y lo que tiene causa puede terminar.

El descontento no necesariamente conduce hacia la inteligencia. Casi todos nosotros tenemos alguna clase de descontento, y no nos satisface la mayoría de las cosas. Podemos tener dinero, posición y cierta clase de prestigio en el mundo, pero siempre está ahí este gusano del descontento. Cuanto más tiene uno, más desea. La satisfacción no se satisface nunca. El descontento es como una llama: por mucho que uno la alimente, absorbe más. Es curioso cómo la satisfacción encuentra su realización transitoria y se aferra a ella, aunque ésta pronto se desvanece y vuelve otra vez el deseo de más. Al parecer, éste es el constante oscilar de un objeto de satisfacción a otro, tanto física como internamente. El 'más' es la raíz del descontento. La llama de la medida lleva a la saciedad, a la indiferencia y al abandono, o lleva a una más amplia y profunda investigación.

Cuando uno investiga, la satisfacción no es el objetivo. La investigación es su propia fuente, y ésta jamás se vacía. Es como el manantial, y jamás puede desmandarse por ninguna clase de satisfacción. Esta llama nunca puede ser sofocada por ninguna actividad que implique realización personal, externa o interna. Casi todos nosotros tenemos esta débil llama que generalmente es sofocada por alguna forma de ganancia, pero para permitir que esta débil llama arda furiosamente, la medida del 'más' debe cesar por completo. Sólo entonces la llama consume todo sentido de gratificación.

Como educador, me he estado interesando en otro problema. No puedo disponer de toda una escuela para mí mismo. En una escuela tengo muchos colegas. Algunos son sumamente brillantes —no lo digo con aire condescendiente. Otros son torpes en diverso grado, aunque todos son lo que se dice bien educados, tienen títulos y todo eso. Tal vez uno o dos de nosotros estamos tratando de ayudar a los estudiantes para que comprendan la naturaleza de la inteligencia, pero siento que, a menos que todos juntos y cooperativamente ayudemos al estudiante en este sentido, aquellos maestros que no se interesen en cultivar esto, actuarán naturalmente como un impedimento. Éste es el problema de unos pocos de nosotros; esto es lo que ocurre durante la mayor parte del tiempo en los centros educacionales. De modo que mi problema es —y permítame repetir de nuevo que esto no lo digo con ningún sentido de superioridad o condescendencia— cómo vamos nosotros, los pocos, a tratar con los muchos. ¿Cuál es nuestra respuesta a ellos? Es un reto que debe ser afrontado en todos los niveles de nuestra vida. En todas las formas de gobierno está la división entre los pocos y los muchos. Los pocos pueden interesarse en toda la población, y los muchos puede que sólo se interesen en sus propios y mezquinos intereses particulares. Esto ocurre en todo el mundo, y está sucediendo en el campo de la educación. ¿Cómo hemos de establecer, pues, una relación con aquellos de nosotros que no están totalmente comprometidos en el florecimiento de la inteligencia y la bondad? ¿O todo ello es un solo problema, el de despertar la llama de la inteligencia en la totalidad de la escuela?

Por supuesto que la actitud autoritaria destruye toda inteligencia. El sentido de obediencia sólo engendra temor, que en sí mismo aleja inevitablemente la comprensión de la verdadera naturaleza de la inteligencia. ¿Qué lugar ocupa, entonces, la autoridad en una escuela? Tenemos que estudiar la autoridad, y no afirmar meramente que no debería haber autoridad sino sólo libertad, etc. Tenemos que estudiarla como estudiamos el átomo. La estructura del átomo es ordenada. La obediencia, el seguimiento, la aceptación ciega o consciente de la autoridad debe, inevitablemente, producir desorden.

¿Cuál es la raíz de la obediencia que engendra la autoridad? Cuando uno vive en el desorden, en la confusión, la sociedad se vuelve completamente caótica; entonces, ese desorden mismo crea la autoridad, como ha sucedido con tanta frecuencia en nuestra historia. El origen de la aceptación de la autoridad, ¿es el temor, el estar uno mismo inseguro, falta de claridad? Entonces cada ser humano contribuye a crear la autoridad que nos dirá lo que tenemos que hacer —como ha ocurrido en todas las religiones, en todas las sectas y comunidades: el eterno problema del gurú y el discípulo, que se destruyen el uno al otro. El seguidor se convierte entonces en el líder. Este ciclo se está repitiendo eternamente.

Estamos estudiando juntos, en el verdadero sentido de la palabra, cuál es el proceso causativo de la autoridad. Si cada uno de nosotros ve que es el miedo, la estupidez, o algún factor más profundo, entonces el estudio mutuo de ello, verbal o no verbal, tiene significación. En el estudio puede haber un intercambio de pensamientos, y la observación silenciosa de las causas que generan la autoridad. Entonces, ese estudio mismo deja al descubierto la luz de la inteligencia, porque en la inteligencia no hay autoridad. No es 'su' inteligencia o 'mi' inteligencia. Unos pocos de nosotros pueden ver esto profundamente, realmente, sin ningún engaño, y es responsabilidad nuestra que esta llama se difunda dondequiera que estemos, ya sea en la escuela, en el hogar o en el gobierno burocrático. Que no permanezca sólo en un lugar, dondequiera que uno se encuentre.

15 de enero de 1983

Nuestros cerebros son muy antiguos. Han evolucionado a través de incontables experiencias, accidentes, muertes, y el florecimiento del cerebro ha proseguido sin interrupción durante milenios. El cerebro posee una gran variedad de capacidades, está siempre activo, funcionando y viviendo en medio de sus propios recuerdos y ansiedades, lleno de miedo, incertidumbre y dolor. Éste es el eterno ciclo en que ha vivido —los placeres transitorios y la incesante actividad. En este largo proceso ha estado condicionándose a sí mismo, moldeando su propio estilo de vida, ajustándose a su propio ambiente como pocas especies lo han hecho, combinando odio y afecto, matando a otros y, al mismo tiempo, tratando de encontrar una vida pacífica. Está moldeado por la infinita actividad del pasado, siempre modificándose a sí mismo, pero la estructura básica de recompensa y dolor permanece casi igual. Este condicionamiento intenta moldear el mundo exterior, pero internamente está siguiendo el mismo patrón, siempre dividiendo el 'yo' del 'tú', el 'nosotros' del 'ellos', sintiéndose lastimado y procurando lastimar: un patrón en el que los afectos pasajeros con su placer constituyen nuestro modo de vida.

Para observar todo esto sin juicio de valor, se hace necesario —si es que ha de haber un cambio profundo, vital— percibir la complejidad de nuestra vida, percibirla sin preferencia alguna: sólo ver exactamente lo que es. 'Lo que es', es mucho más importante que 'lo que debería ser'. Solamente existe lo que es, y jamás lo que debería ser. Lo que es sólo puede cesar; no puede convertirse en otra cosa. La terminación de lo que es tiene un significado mayor que lo que pueda encontrarse más allá de esta terminación. Ir en busca de lo que está más allá es cultivar el temor; buscar lo que se encuentra más allá es eludir, rechazar lo que es. Siempre estamos persiguiendo lo que no es, alguna cosa distinta de la real. Si pudiéramos ver esto y permanecer con lo que es, por desagradable o temible o placentero que pudiera ser, entonces la observación, que es atención pura, disiparía lo que es. Una de nuestras dificultades es que queremos avanzar y nos decimos: «Comprendo esto, ¿entonces, qué?» El 'qué' está huyendo de lo que es. 'Lo que es' es el movimiento del pensar. Si es doloroso, el pensamiento trata de evitarlo, pero si es placentero, el pensamiento se aferra a ello y lo prolonga; éste es, entonces, uno de los aspectos del conflicto.

No existe el opuesto sino sólo lo que realmente es. Como no existe el opuesto en el sentido psicológico, la observación de lo que es no acarrea conflicto. Pero nuestros cerebros están condicionados por la ilusión del opuesto. Desde luego que hay opuestos: luz y oscuridad, hombre y mujer, negro y blanco, alto y bajo, etc. Pero aquí estamos tratando de estudiar el campo psicológico del conflicto. El ideal engendra conflicto. Pero nosotros estamos condicionados por siglos de idealismo —el estado ideal, el hombre ideal, el prototipo, el dios. Es esta división entre el prototipo y lo real, la que engendra conflicto. Ver la verdad de esto no constituye un juicio de evaluación.

He estudiado atentamente lo que se ha dicho en esta carta. Comprendo la lógica de ello, su sentido común, pero la carga del pasado es tan grande, que el persistente, constante entremetimiento de la ilusión cultivada, del ideal que implica 'lo que debería ser', está siempre interfiriendo. Me pregunto si esta ilusión puede ser totalmente disipada, o si debo aceptarla como una ilusión y dejarla que se marchite. Puedo ver que cuanto más lucho contra ella, tanta más vida le doy, y que es muy difícil permanecer con lo que es.

Ahora bien, como educador —en ambos aspectos, el del padre y el del maestro— ¿puedo comunicar este sutil y complejo problema del conflicto en los seres humanos? ¡Qué vida maravillosa sería ésta sin conflictos, sin problemas! O más bien, a medida que surgen —lo cual parece inevitable—, abordar los problemas de inmediato y no vivir con ellos. Hasta ahora, el método de la educación ha sido cultivar la competencia y, por ende, alimentar el conflicto. Así es como veo acumularse un problema tras otro en mi responsabilidad hacia el estudiante. Las dificultades me ahogan, y entonces comienzo a perder la visión de lo que es un ser humano bueno. Estoy usando la palabra 'visión' no como un ideal, no como una meta en el futuro, sino como la verdadera y profunda realidad de la bondad y la belleza. No es algún sueño extravagante, una cosa que debe alcanzarse, sino que la verdad misma de ello es un factor que libera. Esta percepción es lógica, razonable y totalmente sensata. No tiene implicaciones de sentimentalismo ni de frivolidad romántica.

Me encuentro, pues, enfrentado a la total aceptación de lo que es, y veo que mis estudiantes están atrapados en la evitación de lo real. De modo que hay aquí una contradicción, y si no soy cuidadoso y no estoy muy atento en mi relación con los estudiantes, ocasionaré conflicto, una lucha entre nosotros. Yo veo, pero ellos no —lo cual es un hecho. Deseo ayudarles a ver. A ver no mi percepción de la verdad, sino ayudarles a que cada uno de ellos vea la verdad que no pertenece a nadie. Cualquier forma de presión es un factor que distorsiona —como el dar ejemplo o serlo—, de modo que tengo que acometer esto muy despacio e interesarlos para que investiguen la terminación del conflicto —investigar si ello es o no es posible. Ahora me ha tomado una semana o tal vez más comprender esto, captar su significación. Puede ser que no lo esté viviendo efectivamente, pero he captado su delicado diseño, y esto es algo que ya no debo dejar que se me escape. Si los estudiantes captan siquiera el perfume de esto, ello es como una semilla viva.

Estoy descubriendo que la paciencia no contiene elemento alguno de tiempo, mientras que la impaciencia está en la naturaleza del tiempo. No estoy tratando de obtener un resultado o de llegar a cierta conclusión. No estoy absorbido por todo esto; existe en ello un factor que regenera.

La libertad es muy necesaria en nuestra vida. La libertad, obviamente, no consiste en hacer lo que a uno le plazca, aunque esto se ha considerado que es libertad y ha sido nuestro modo de vida. Nos sentimos contrariados, reprimidos, cuando se nos niega la satisfacción de nuestros deseos. De esto surgen resentimientos, y la sensación de que nos aplastan, y así estamos en constante estado de rebelión. Hemos seguido este curso de vida y podemos ver, si somos de algún modo reflexivos, qué es lo que eso ha traído al mundo: caos total. Algunos de los psicólogos nos han alentado a seguir nuestros impulsos sin restricción alguna, a hacer inmediatamente lo que nos place, y explican racionalmente una actividad semejante como algo necesario para la maduración de cada uno. Éste fue, en realidad, el clamor de muchas generaciones, a pesar de que había restricciones externas; y hoy ellos llaman a eso libertad —permitirle al niño hacer lo que se le antoja, para que luego siga trepando la escala de su vida, que es la sociedad. Y tal vez ahora haya una oscilación contraria: control, represión, disciplina y coerción psicológica. Ésta parece ser la historia de la humanidad.

Sumados a esto tenemos la computadora y el robot; la tecnología que se está desarrollando en esta dirección espera producir —y probablemente lo produzca— una computadora con un cerebro humano que pueda pensar con mayor rapidez y exactitud y que por lo tanto libere al hombre de largas horas de trabajo. La computadora también está tomando gradualmente a su cargo la educación de nuestros hijos. Maestros y profesores altamente calificados en sus diversas materias, pueden así informar al estudiante sin la presencia real del maestro. Esto también nos dará cierta libertad. Excepto en los estados totalitarios, el hombre va a tener mayor libertad, que tal vez le permita hacer lo que le plazca. De esta manera pueden surgir mayores conflictos, más desdicha y guerras para el hombre. Cuando la tecnología y las computadoras con sus robots dominen y se conviertan en parte de nuestra vida cotidiana, ¿qué va a suceder, entonces, con el cerebro humano que hasta ahora ha estado activo en la lucha exterior y física? ¿Se atrofiará el cerebro trabajando solamente dos horas o poco más? Cuando la relación lo sea entre máquina y máquina, ¿qué va a ocurrirle a la calidad y vitalidad del cerebro? ¿Buscará éste alguna forma de entretenimiento, religioso o de otra clase, o se permitirá explorar los lugares más recónditos del propio ser? La industria del entretenimiento está adquiriendo más y más fuerza, y muy poca energía y capacidad humana se vuelca hacia lo interno, de modo que, si no estamos alertas, el mundo del entretenimiento va a conquistarnos.

Debemos, pues, preguntarnos qué es la libertad. Se ha dicho a menudo que la libertad está al final de una drástica disciplina y del control civilizado —civilizado en el sentido de literatura, arte, museos y buena alimentación. Éste es meramente el revestimiento exterior de un ser humano confuso y en declinación. ¿Es la libertad una elección de entretenimientos? ¿Es libertad el poder elegir en absoluto? Siempre consideramos que la libertad consiste en estar libres de algo: libres de la esclavitud, de la ansiedad, de la soledad, de la desesperación, etc. Esta manera de considerar la libertad sólo conduce a mayores y quizá más refinados estados de desdicha, de dolor y a la fealdad del odio. La libertad no consiste en elegir un líder político o religioso, en seguir a alguien —lo cual, obviamente, niega la libertad. La libertad no es el opuesto de la esclavitud. La libertad es el final: no dar continuidad a lo que ha sido. La libertad en sí no tiene opuesto.

Después de haber leído esto y de haberlo estudiado, ¿cuál es mi relación, no con el estudiante y con mi esposa e hijos, sino con el mundo? Para comprender realmente la belleza de la libertad, uno necesita muchísima inteligencia, y tal vez amor. Pero las actividades del mundo no son inteligentes, ni lo es mi grupo de niños. Paso con ellos la mayor parte del día; ¿tengo en mí esta condición de libertad, con su inteligencia y amor? Si la tengo, mi problema es muy simple. Esa condición misma operará, y lo que yo consideraba un problema, dejará de serlo. Pero en realidad yo no poseo esta condición, esta cualidad. Puedo aparentar que la poseo, hacer una exhibición de amistad, pero eso es muy trivial.

Mi responsabilidad es inmediata. No puedo decirme que esperaré hasta que haya alcanzado la libertad y este afecto, este amor. Literalmente, no tengo tiempo, porque los estudiantes están frente a mí. No puedo convertirme en un ermitaño; eso no resolverá ningún problema, ni el mío ni el del mundo. Necesito un rayo de los cielos que haga trizas esta incrustación, este condicionamiento, a fin de tener esa libertad y ese amor; pero no hay rayo, no hay cielo. Puedo darme el gusto, cuando llego a un atolladero, de deprimirme al respecto, pero eso es escapar del problema —encerrarme completamente en mí mismo y, de esa manera, ser incapaz de afrontar la realidad. Mientras que si veo realmente la verdad de que no hay un agente externo que me ayude en este dilema, que no hay influencia externa, ni gracia, ni plegaria que pueda ayudarme en esta cuestión, entonces, quizá, tendré una energía incontaminada. Esa energía, puede que sea libertad y amor.

¿Pero tengo la energía de la inteligencia para desarmar las cosas que los seres humanos de todo el mundo —uno de los cuales soy yo— han armado psicológicamente en torno de sí mismos? ¿Tengo la persistencia para abrirme paso a través de todo esto? Me formulo estas preguntas a mí mismo y se las estaré formulando a mis estudiantes de una manera más gentil y benevolente. Veo con muchísima claridad las implicaciones de todo esto, y debo caminar muy suavemente. La verdadera respuesta está en la inteligencia y el amor. Si usted tiene estas cualidades, sabrá qué hacer. Uno debe comprender muy profundamente la verdad de esto; de lo contrario, todos estaremos perpetuando, en una forma u otra, la confusión que reina entre los hombres.

La inteligencia no es el resultado de la disciplina. No es un subproducto del pensamiento. El pensamiento es un resultado del conocimiento y de la ignorancia. No puede haber disciplina sin amor. La disciplina del pensamiento, aunque posee ciertos valores, lleva a la conformidad. La conformidad es el método de disciplina tal como generalmente se le conoce: imitar y seguir un patrón. Disciplina, en realidad, significa aprender, no someterse a una norma fija. Desde la infancia se nos dice que debemos moldearnos conforme a una estructura religiosa o social, que debemos controlarnos, obedecer. Esta disciplina se basa en la recompensa y el castigo. La disciplina es inherente a cada sujeto. Si uno quiere ser un buen jugador de golf o de tenis, ello le exige que preste atención a cada golpe a fin de responder con gracia y rapidez. El juego mismo tiene su orden intrínseco y natural. Este orden educativo se ha ido de nuestra vida, la cual se ha vuelto caótica, despiadada, competitiva, y sólo busca el poder con todos sus placeres.

La disciplina implica, ¿no es así?, aprender todo el complejo movimiento de la vida —en lo social, en lo personal y más allá de lo personal. Nuestra vida está fragmentada, y nosotros tratamos de comprender cada fragmento o de integrar los fragmentos. Si reconocemos todo esto, la mera imposición de una disciplina y de ciertos conceptos, se vuelve más bien insensata, pero sin alguna forma de control, la mayoría de nosotros enloquece. Es indudable que las restricciones nos sujetan, nos compelen a seguir la tradición.

Uno se da cuenta de que en nuestra vida tiene que haber cierto orden, pero ¿es posible tener orden sin ninguna forma de compulsión, sin presión alguna y, esencialmente, sin la recompensa o el castigo? El orden social es caótico; hay injusticia, el rico y el pobre, etc. Todos los reformadores tratan de producir la igualdad social y, aparentemente, ninguno de ellos ha tenido éxito. Los gobiernos tratan de imponer el orden por la fuerza, por la ley, por la propaganda sutil. Aunque a todo esto podamos ponerle una tapa, la olla sigue hirviendo.

Debemos, pues, abordar el problema de una manera diferente. Hemos intentado toda suerte de métodos para civilizar, para domesticar al hombre, y esto tampoco ha tenido mucho éxito. Todas las guerras indican barbarie, ya se trate de guerras santas o guerras políticas. Así que debemos volver a la pregunta: ¿Puede haber un orden que no sea producto del ingenioso pensamiento? Disciplina significa el arte de aprender. Para la mayoría de nosotros, aprender implica atesorar en la memoria, leer una enorme cantidad de libros, ser capaz de citar a numerosos autores. Saber coleccionar palabras así como escribirlas, hablar o comunicar a la gente ideas de otras personas o las propias ideas. Implica actuar eficientemente como ingeniero o científico, como músico o mecánico. Uno puede distinguirse en el conocimiento de estas cosas y, de esa manera, volverse más y más capaz de ganar dinero, posición y poder. Esto es lo que generalmente se acepta como aprender: acumular conocimientos y actuar a base de ellos; o, mediante la acción, acumular conocimientos —que viene a ser lo mismo. Ésta ha sido nuestra tradición, nuestra costumbre. Y así estamos siempre viviendo y aprendiendo en el campo de lo conocido. Con esto no sugerimos la existencia de algo desconocido; señalamos la necesidad de tener un discernimiento lúcido en las actividades de lo conocido, en sus limitaciones, sus peligros y su interminable continuidad. Ésta es la historia del hombre. Nosotros no aprendemos de las guerras; repetimos las guerras, y la brutalidad, la bestialidad continúan con su corrupción.

Sólo si vemos realmente la limitación del conocimiento —que cuanto más lo acumulamos, más bárbaros nos estamos volviendo— podemos empezar a investigar qué es el orden no impuesto externamente ni autoimpuesto, ya que ambas formas de orden implican conformidad y, por tanto, conflicto interminable. La captación de todo esto es atención, no concentración; y la atención es la esencia de la inteligencia y el amor. Esto trae naturalmente el orden que no contiene compulsión alguna.

Ahora bien, como educadores, como padres —que es la misma cosa—, ¿no es posible para nosotros comunicar esto a nuestros estudiantes e hijos? Puede que ellos sean demasiado jóvenes para comprender todo eso que acabamos de leer. Vemos las dificultades, y vemos que estas mismas dificultades nos impedirán captar la cuestión mayor. De modo que no estoy convirtiendo esto en un problema; sólo estoy mucho más alerta a lo que es el caos y a lo que es el orden. Ambos no tienen relación alguna entre sí. Uno no nace del otro. Y yo no estoy negando uno ni aceptando el otro. Pero la floreciente semilla de la percepción habrá de producir la acción justa, correcta.

En todas las civilizaciones han existido unos pocos que tuvieron interés y deseo de dar origen a seres humanos buenos; unos pocos que no estaban comprometidos con escrituras sagradas o reformas, pero que eran incapaces de causar daño a otro ser humano; que se interesaban en la totalidad de la vida humana, que eran amables, no agresivos y, por eso, eran verdaderas entidades religiosas. En la civilización moderna de todo el mundo, el cultivo de la bondad casi ha desaparecido. El mundo se está volviendo más y más brutal, dañino, lleno de violencia y engaño. Es indudable que nuestra función de educadores consiste en producir una calidad de mente que sea en esencia religiosa. Con eso no queremos decir que haya de pertenecer a alguna religión ortodoxa con todas sus creencias fantásticas, sus rituales repetitivos. El hombre siempre ha tratado de encontrar algo más allá de este mundo de ansiedad, sufrimiento y conflicto inacabable. En su búsqueda de aquello que no es del mundo, ha inventado, tal vez inconscientemente, a dios y muchas formas de divinidad, y también a los intérpretes entre él y lo que él mismo ha proyectado. Han existido muchos intérpretes, altamente sofisticados, talentosos, instruidos. Este ciclo ha continuado históricamente desde los tiempos antiguos: dios, el intérprete y el hombre. Ésta es la verdadera trinidad en que se ha apoyado la credulidad humana. Cada cual desea de algún modo, consuelo, seguridad y paz. Así, los seres humanos han proyectado la esencia de todo esto en un agente externo, y nosotros estamos descubriendo que eso también es una ilusión. Siendo incapaces de ir más allá y por encima de todas las limitaciones de la contienda humana, estamos regresando a la barbarie, destruyéndonos unos a otros tanto externa como internamente.

¿Podemos nosotros, como un grupo pequeño, reflexionar sobre estas cosas y, liberándonos de todas las supersticiones inventadas de la religión, descubrir qué es una vida religiosa y, de ese modo, preparar el terreno para el florecimiento de la bondad? Sin la mente religiosa, la bondad no puede existir. Para comprender la naturaleza de la religión, se requieren tres factores: austeridad, humildad y diligencia.

Austeridad no significa reducir toda la vida a cenizas mediante la disciplina severa, la represión de todos los instintos, de todos los deseos y aun de la belleza. La expresión externa de esto en el mundo asiático es la túnica azafrañada y el taparrabo. En el mundo occidental, es tomar votos de celibato, convertirse en monje y someterse a una obediencia total. La sencillez de la vida solía expresarse en vestiduras exteriores y en una restringida, estrecha existencia celular; pero en lo interno, la llama del deseo con sus conflictos seguía ardiendo firmemente. Esa llama debía extinguirse mediante la estricta adhesión a un concepto, a una imagen. El libro y la imagen se convirtieron en los símbolos de una vida sencilla. La austeridad no es la expresión externa de una conclusión basada en la fe, sino la comprensión de la complejidad interna, de la confusión y angustia de la vida. Esta comprensión, no verbal ni intelectual, exige una muy cuidadosa y alerta percepción, una percepción que no es la complejidad del pensamiento sino la claridad —esta claridad origina su propia austeridad.

La humildad no es el opuesto de la vanidad, no consiste en inclinar la cabeza en reverencia ante alguna autoridad abstracta o ante el sumo sacerdote. No es el acto de sometimiento a un gurú o a una imagen, que son la misma cosa. No es la total negación, un sacrificio de uno mismo a algún ser físico o imaginario. La humildad no va unida a la arrogancia. La humildad carece del sentido interno de posesión. La humildad es la esencia de la inteligencia y el amor; no es un logro personal.

Y el otro factor es la diligencia: le corresponde al pensamiento darse cuenta de sus actividades, de sus engaños, de sus ilusiones; debe discernir lo verdadero y lo falso —en lo falso, lo verdadero se convierte en 'lo que debería ser'. Debe darse cuenta de las reacciones al mundo exterior y de las susurrantes respuestas internas. Esto no es un estado de vigilancia egocéntrica, sino que implica ser sensible a toda relación. Por encima y más allá de todo esto, están la inteligencia y el amor. Cuando hay inteligencia y amor, todas las otras cualidades vienen detrás. Es como abrir la puerta a la belleza.

Ahora vuelvo, como educador y como padre, a mi embarazosa pregunta. Mis estudiantes y mis hijos tienen que enfrentarse al mundo, que es cualquier cosa menos inteligencia y amor. Ésta no es una afirmación cínica, sino que es así, se trata de algo palpable y evidente. Tienen que enfrentarse a la corrupción, a la brutalidad y a la insensibilidad más absoluta. Están atemorizados. Siendo responsable (estoy usando esa palabra con sumo cuidado y con intención profunda), ¿cómo he de ayudarles para que se enfrenten a todo esto? No le formulo la pregunta a nadie en particular, me la formulo a mí mismo, para que en la propia pregunta pueda surgir la claridad. Estoy muy perturbado por esto y, ciertamente, no quiero una respuesta consoladora. En el acto de preguntármelo a mí mismo, se revelan los comienzos de la sensibilidad y la claridad. Me afecta muy profundamente el futuro de estos hijos y estudiantes, y al ayudarles a usar las palabras, la inteligencia y el amor, estoy adquiriendo fuerza interna. Ayudar en esto a un muchacho o a una muchacha, es suficiente para mí, porque el río comienza en las altas montañas como un arroyo muy pequeño, solitario y lejano, pero adquiere ímpetu hasta llegar a ser un río enorme. De modo que uno debe empezar con los pocos.

15 de octubre de 1983

El mundo es lo que nosotros somos. En la familia, en la sociedad, hemos hecho este mundo con su brutalidad, su crueldad y ordinareiz, su vulgaridad, este mundo donde nos destruimos unos a otros. También nos destruimos en lo psicológico, explotándonos mutuamente para nuestros deseos y satisfacciones. Al parecer, nunca nos damos cuenta de que, a menos que cada uno de nosotros experimente un cambio radical, el mundo continuará como lo ha hecho por miles de años; continuaremos mutilándonos, matándonos unos a otros y saqueando la tierra. Si nuestra propia casa no está en orden, no podemos esperar que la sociedad y nuestras relaciones mutuas estén en orden. Todo eso es tan obvio que lo pasamos por alto. Lo descartamos no sólo por ser simple, sino por demasiado arduo, y así admitimos las cosas como son, caemos en el hábito de la aceptación y seguimos en lo mismo. Ésta es la esencia de la mediocridad. Uno puede tener talento literario que pocos reconocen, y estar trabajando para alcanzar la popularidad; uno puede ser pintor, poeta o un gran músico, pero en su vida cotidiana no se interesa en la totalidad de la existencia. Es posible que esté sumándose a la enorme confusión y desdicha del hombre. Cada cual desea expresar su pequeño talento propio y satisfacerse con él, olvidando o descuidando la total complejidad del infortunio y el dolor humanos. También esto lo aceptamos y se ha vuelto nuestro normal estilo de vida. Jamás nos salimos de él, jamás permanecemos fuera. O nos sentimos incapaces de permanecer fuera de eso, o tenemos miedo de no estar en la corriente de la vulgaridad.

Como padres y educadores, hacemos de la familia y de la escuela lo que nosotros mismos somos. La mediocridad implica realmente escalar la montaña sólo a medias sin alcanzar jamás la cima. Queremos ser como todos los demás y, por supuesto, si deseamos ser ligeramente distintos, lo mantenemos cuidadosamente oculto. No nos referimos a la excentricidad y cosas por el estilo; ésa es otra forma de expresión propia, es lo que cada uno está haciendo a su pequeño modo. A uno le toleran la excentricidad sólo si está bien acomodado o tiene talento, pero si uno es pobre y actúa peculiarmente, lo rechazan o lo ignoran. Pocos son los talentosos; casi todos somos trabajadores que seguimos adelante con nuestra ocupación particular.

El mundo se está volviendo más y más mediocre. Nuestra educación, nuestras ocupaciones, nuestra aceptación superficial de las religiones tradicionales, nos están volviendo mediocres y bastante descuidados. Aquí, lo que nos concierne es nuestra vida cotidiana, y no la expresión del talento o de alguna capacidad particular. Como educadores, y esto incluye a los padres, ¿podemos romper con esta pesada y mecánica manera de vivir? ¿Es acaso el inconsciente miedo a la soledad el que nos hace caer en hábitos: el hábito del trabajo, el hábito del pensamiento, el hábito general de aceptar las cosas así como están? Establecemos una rutina para nosotros mismos y vivimos lo más apegados que podemos a ese hábito, de modo que, poco a poco, el cerebro se hace mecánico, y esta mecánica manera de vivir es mediocridad. Los países que viven en tradiciones reconocidas son generalmente mediocres. Así que nos preguntamos de qué modo puede llegar a su fin la mediocridad mecánica sin formar otro patrón que, gradualmente, también se volverá mecánico. La utilización mecánica del pensamiento es el problema; no cómo salir de la mediocridad, sino cómo es que el hombre ha dado importancia completa al pensamiento.

Todas nuestras actividades y aspiraciones, nuestras relaciones y anhelos, se basan en el pensamiento. El pensamiento es común a toda la humanidad, ya se trate de un hombre sumamente talentoso o de un aldeano sin ningún tipo de educación. El pensamiento es común a todos nosotros. No es oriental ni occidental, ni de las tierras bajas ni de las tierras altas. No es suyo ni mío. Es importante que esto se comprenda. Lo hemos convertido en personal, y por eso hemos limitado más aun la naturaleza del pensamiento. El pensamiento es limitado, pero cuando nos apropiamos de él, se vuelve más superficial todavía. Cuando veamos la verdad de esto, no habrá más competencia entre el pensamiento ideal y el pensamiento de todos los días. Lo que ha adquirido importancia suprema es el pensamiento ideal y no el pensamiento de la acción. Es esta división la que engendra conflicto, y aceptar el conflicto implica mediocridad. Son los políticos y los gurús los que alimentan y sostienen este conflicto y, por tanto, la mediocridad.

Llegamos otra vez al problema básico: ¿Cuál es la respuesta del maestro y del padre —todos nosotros lo somos— a la generación venidera? Podemos percibir la lógica y la sensatez de lo que se dice en estas cartas, pero la comprensión intelectual de ello no parece darnos la energía vital que nos impulse fuera de nuestra mediocridad. ¿Cuál es esa energía que nos sacará ahora, no con el tiempo, fuera de la vulgaridad? Ciertamente, no es el entusiasmo ni la captación sentimental de alguna imprecisa percepción, sino una energía que se sostiene a sí misma bajo todas las circunstancias. ¿Cuál es esa energía, que debe ser independiente de toda influencia externa? Ésta es una pregunta seria que cada uno se está formulando a sí mismo. ¿Existe tal energía absolutamente libre de todo proceso causativo?

Examinemos esto juntos. La dimensión tiene siempre un final. El pensamiento es el resultado de una causa, la cual es el conocimiento. Lo que tiene dimensión, tiene un final. Cuando decimos que comprendemos, ello implica generalmente una comprensión intelectual o verbal, pero el comprender consiste en percibir sensiblemente 'lo que es', y esta percepción misma es el marchitamiento de 'lo que es'. La percepción es esta atención que concentra toda la energía para observar el movimiento de 'lo que es'. Esta energía de percepción no tiene causa, tal como la inteligencia y el amor no tienen causa.

Uno está completamente seguro de que los educadores se dan cuenta de lo que actualmente está sucediendo en el mundo. La gente está dividida en lo racial, en lo religioso, en lo político y económico, y esta división es fragmentación. Ello está originando un caos muy grande en el mundo —guerras, toda clase de engaños en el campo de la política, etc. La violencia se está extendiendo y el hombre lucha contra el hombre. Éste es el estado actual de confusión que impera en el mundo, en la sociedad en que vivimos, y esta sociedad la crearon todos los seres humanos con sus culturas, sus divisiones lingüísticas, sus separaciones regionales. Todo esto engendra no sólo confusión sino odio, mucho antagonismo y más diferencias lingüísticas. Esto es lo que está ocurriendo, y la responsabilidad del educador es realmente muy grande. Le concierne, en todas las escuelas, dar origen a un ser humano bueno que tenga un sentimiento de la relación global, que no sea nacionalista, regionalista, aislado, que no se aferre religiosamente a las viejas tradiciones muertas que realmente carecen de toda validez. Su responsabilidad como educador se vuelve cada vez más seria; debe estar más y más comprometido, más y más interesado en la educación de sus estudiantes.

¿Qué está haciendo actualmente esta educación? ¿Está realmente ayudando al hombre, a sus hijos, para que se interesen más en la vida, para que sean más benévolos, más generosos, para que no vuelvan al viejo patrón, a la vieja fealdad y perversidad de este mundo? Si el educador está realmente interesado en esto, como debe estarlo, entonces tiene que ayudar al estudiante a descubrir su relación con el mundo —no el mundo de la imaginación o del sentimentalismo romántico, sino el mundo real donde ocurren todas las cosas. Y también con el mundo de la naturaleza, con el desierto, con la jungla o con los pocos árboles que lo rodean, con los animales de la tierra. Los animales, afortunadamente, no son nacionalistas; cazan sólo para sobrevivir. Si el educador y el estudiante pierden su relación con la naturaleza, con los árboles, con el ondulante mar, cada uno de ellos perderá, ciertamente, su relación con el ser humano.

¿Qué es la naturaleza? Hay muchos discursos e intentos destinados a proteger la naturaleza, los animales, los pájaros, las ballenas y los delfines; a limpiar los ríos contaminados, los lagos, los campos verdes, etc. La naturaleza no es algo creado por el pensamiento, como lo es la religión, la creencia. La naturaleza es el tigre —ese animal extraordinario, con su energía, su gran sensación de poder. La naturaleza es el árbol solitario en el campo, son las praderas y los huertos; es esa ardilla que se esconde tímidamente detrás de una rama. La naturaleza es la hormiga y la abeja y todas las cosas animadas de la tierra. La naturaleza es el río, no un río particular como el Ganges, el Támesis o el Misisipi. La naturaleza es todas aquellas montañas revestidas de nieve, con los oscuros valles azules y la cadena de cerros que se enfrentan al mar. El universo es parte de este mundo. Uno debe tener un sentimiento de todo esto, no destruirlo, no matar por el propio placer, no matar animales para la mesa de uno. En realidad, matamos el repollo, los vegetales que comemos, pero en alguna parte debe uno trazar la línea. Si no comiéramos vegetales, ¿cómo viviríamos? De modo que uno debe discernir con inteligencia.

La naturaleza forma parte de nuestra vida. Nos originamos en la semilla, en la tierra, y somos parte de todo eso, pero estamos perdiendo rápidamente el sentido de que somos animales como los otros animales. ¿Puede usted tener un sentimiento por ese árbol, mirarlo, ver su belleza, escuchar el sonido que hace? ¿Puede ser sensible a la pequeña planta, a la maleza, a esa enredadera que va ascendiendo por el muro, a la luz sobre las hojas y a las numerosas sombras? Uno debe percibir todo esto y tener ese sentimiento de comunión con la naturaleza que nos rodea. Puede que uno esté viviendo en una ciudad, pero igualmente hay árboles aquí y allá. Una flor en el jardín de al lado puede estar mal cuidada, cubierta de cizaña, pero mírela, sienta que usted es parte de todo eso, parte de todas las cosas vivas. Si uno causa daño a la naturaleza, se está causando daño a sí mismo.

Uno sabe que todo esto se ha dicho antes de diferentes maneras, pero no parece que le prestemos mucha atención. ¿Es que estamos tan atrapados en nuestra propia red de problemas, en nuestros propios deseos, en nuestros propios instintos de placer, en nuestro dolor, que jamás miramos lo que nos rodea, jamás observamos la luna? Obsérvela. Observe totalmente con sus ojos y oídos, con su sentido del olfato. Observe. Mire todo como si estuviera mirando por primera vez. Si puede hacerlo, está viendo por vez primera ese árbol, aquel arbusto, esa brizna de hierba. Entonces pueden ver al maestro, al padre, a la madre, a la hermana y al hermano, como si fuera la primera vez. Hay en ello un sentimiento extraordinario: la maravilla, la extrañeza, el milagro de una fresca mañana que jamás ha sido antes y que jamás será. Esté realmente en comunión con la naturaleza, no verbalmente atrapado en su descripción, sino siendo una parte de ella; perciba, sienta que usted pertenece a todo eso, sea capaz de sentir amor por ello, de experimentar admiración por un ciervo, por la lagartija sobre la pared, por esa rama rota que yace en el suelo. Contemple la estrella vespertina o la luna nueva, contémpelas sin la palabra, sin decir meramente 'qué bella!' y volverle la espalda atraído por alguna otra cosa; mire esa estrella solitaria y la delicada luna nueva como si las mirara por primera vez. Si existe una comunión así entre usted y la naturaleza, entonces puede usted comunicarse con el hombre, con el muchacho que se sienta a su lado, con su educador o con sus padres. Hemos perdido todo sentido de la relación; ésta no consiste sólo en declaraciones verbales de afecto e interés mutuo, sino que también es este sentimiento de comunión no verbal. Es un sentimiento de que todos estamos unidos, de que todos somos seres humanos, que no estamos divididos, fragmentados, que no pertenecemos a ningún grupo o raza particular, ni a algún concepto idealista, sino que todos somos seres humanos, que todos estamos viviendo en esta tierra extraordinaria y bella.

¿Alguna vez se ha despertado usted muy temprano, y ha mirado por la ventana o ha salido a la terraza para contemplar los árboles y el amanecer primaveral? Viva con ello. Escuche todos los sonidos, el susurro, la leve brisa entre las hojas. Vea la luz sobre esa hoja y observe el sol que se levanta tras el cerro, sobre la pradera. Y el río seco, o ese animal y aquellas ovejas al otro lado de la colina —obsérvelas. Mírelas con ese sentimiento de afecto, de protección, en el que uno siente que no desea causar daño a cosa alguna. Cuando usted tiene una comunión así con la naturaleza, entonces su relación con otro ser humano se vuelve sencilla, clara y está libre de todo conflicto.

Ésta es una de las responsabilidades del educador, no meramente la de enseñar matemáticas o cómo manejar una computadora. Mucho más importante es poder estar en comunión con otros seres humanos que sufren, luchan y experimentan la gran angustia y el dolor de la pobreza, y también con esas personas que pasan en un lujoso automóvil. Si el educador se interesa en esto, está ayudando al estudiante a que se vuelva sensible, sensible a los sufrimientos de otras personas, a las luchas de otras personas, a sus ansiedades y preocupaciones, y a las disputas que ocurren en la propia familia. Debe ser responsabilidad del maestro educar a los niños, a los estudiantes, para que tengan una comunión así con el mundo. Puede que el mundo sea demasiado grande, pero el mundo está donde está el estudiante; ése es su mundo. Y esto trae consigo una natural consideración, un natural afecto y cortesía hacia los demás, y una conducta que jamás es ruda, cruel o vulgar.

El educador debe hablar acerca de todas estas cosas, no sólo verbalmente, sino que él mismo debe sentir las — sentir el mundo, el mundo de la naturaleza y el mundo del hombre; ambos están relacionados entre sí. El hombre no puede escapar de ello. Cuando destruye la naturaleza, se está destruyendo a sí mismo. Cuando mata a otro ser humano, se está matando a sí mismo. El enemigo no es el otro sino uno mismo. Vivir en tal armonía con la naturaleza, con el mundo, da origen naturalmente a un mundo distinto.

Mediante la observación tal vez aprenda usted más que de los libros. Los libros son necesarios para aprender una materia, como matemáticas, geografía, historia, física o química. Los libros han impreso en una página el conocimiento acumulado de científicos, filósofos, arqueólogos, etc. Este conocimiento acumulado que uno aprende en la escuela y después en el colegio o la Universidad —si uno es lo bastante afortunado como para ir a la Universidad— se ha reunido a través de los siglos desde días muy remotos. Existe un gran conocimiento acumulado procedente de la India, del antiguo Egipto, de la Mesopotámica, de los griegos, de los romanos y, por supuesto, de los persas. Tanto en el mundo occidental como en el oriental, este conocimiento es necesario para tener una carrera, para hacer cualquier trabajo, ya sea mecánico, teórico, práctico o para algo que uno tiene que idear, inventar. Este conocimiento ha producido una gran tecnología, especialmente en el transcurso de este siglo. Existe el conocimiento de los que llamamos libros sagrados, los Vedas, los Upanishads, la Biblia, el Corán y las Escrituras hebreas. Están, pues, los libros religiosos y los libros pragmáticos, libros que le ayudarán a adquirir conocimientos, a actuar con destreza, ya sea usted un ingeniero, un biólogo o un carpintero.

Casi todos nosotros en cualquier escuela, y particularmente en estas escuelas, reunimos conocimientos, información, y es para eso que las escuelas han existido hasta ahora: para acopiar una gran cantidad de información sobre el mundo exterior, sobre los cielos, sobre por qué el mar es salado, o por qué crecen los árboles; información acerca de los seres humanos, de su anatomía, de la estructura del cerebro, y así sucesivamente. Y también acerca del mundo que nos rodea, de la naturaleza, del medio social, de la economía y de muchas cosas más. Tal conocimiento es absolutamente necesario, pero el conocimiento es siempre limitado. Por mucho que pueda desarrollarse, el acopio de conocimientos es siempre limitado. El aprender forma parte del proceso en que se adquieren conocimientos acerca de diversas materias a fin de que usted pueda tener una carrera, un trabajo que podría gustarle, o una clase de trabajo que las circunstancias, las exigencias sociales pueden haberle obligado a aceptar aunque tal vez no le agrade mucho hacerlo.

Pero, como dijimos, usted aprende muchísimo observando, observando las cosas que lo rodean, observando los pájaros, el árbol, los cielos, las estrellas, la constelación de Orión, la Osa Mayor, el lucero de la tarde. Aprende si observa no sólo las cosas que lo rodean, sino también a la gente, la manera en que las personas caminan, sus gestos, las palabras que usan, el modo en que visten. Usted observa no sólo lo que está afuera, sino que también se observa a sí mismo, por qué piensa esto o aquello, su comportamiento, la conducta en su vida cotidiana, las razones de que sus padres quieran que haga esto o lo otro. Usted está observando, no resistiendo. Si resiste, no aprende. O si llega a alguna clase de conclusión, a alguna opinión que usted considera correcta y se aferra a ella, entonces, naturalmente, jamás aprenderá. Para aprender es necesaria la libertad, y también la curiosidad, un sentimiento de querer saber por qué usted u otros se comportan de cierta manera, por qué la gente se enfurece, por qué se enoja usted.

El aprender es extraordinariamente importante, porque el aprender no termina jamás. Aprender, por ejemplo, por qué los seres humanos se matan unos a otros. Por supuesto que hay explicaciones en los libros, todas las razones psicológicas de que los seres humanos se comporten de esa peculiar manera que les es propia, las razones de que sean tan violentos. Todo esto ha sido explicado en libros de diversas clases por autores eminentes, psicólogos, etc. Pero lo que leemos no es lo que somos. Lo que somos, el modo en que nos conducimos, el porqué de nuestra ira, de nuestra envidia, de nuestras depresiones, si nos observamos a nosotros mismos, aprendemos mucha más al respecto que a través de un libro que nos dice lo que somos. Pero ya lo ve, es más cómodo leer un libro acerca de uno mismo, que observarse a sí mismo. El cerebro está acostumbrado a reunir información de todas las acciones y reacciones externas. ¿Acaso no encuentra usted mucho más cómodo que lo dirijan, que otros le digan lo que debe hacer? Sus padres, especialmente en los países orientales, le dicen con quien debe casarse y arreglan el matrimonio, le dicen cuál debe ser su carrera. De ese modo, el cerebro acepta el camino fácil, y el camino fácil no siempre es el camino correcto. No sé si usted ha notado que nadie ama ya su trabajo, excepto tal vez unos pocos científicos, artistas, arqueólogos. Pero al hombre común, al hombre promedio, raramente le gusta lo que está haciendo. Está obligado por la sociedad, por sus padres o por el impulso de ganar más dinero. De modo que aprenda observando muy, muy cuidadosamente el mundo exterior, el mundo que está fuera de usted, y el mundo interior —o sea, el mundo que es usted mismo.

Parece haber dos maneras de aprender una es adquirir una gran cantidad de conocimientos, primero mediante el estudio y después actuando a partir de ese conocimiento. Eso es lo que hace la mayoría de nosotros. La otra manera es actuar, hacer algo, y aprender mediante la acción; y eso también se convierte en acumulación de conocimientos. En realidad, las dos maneras son la misma cosa: aprender de un libro o adquirir conocimientos a través de la acción. Ambas se basan en el conocimiento, en la experiencia, y, como hemos dicho, la experiencia y el conocimiento son siempre limitados.

Así, tanto el educador como el estudiante deben descubrir qué es realmente el aprender. Por ejemplo, usted aprende de un gurú —si él es un gurú del todo genuino, un gurú sensato, no el gurú que se lucra, no uno de esos que quieren ser famosos y recorren diferentes países para acumular una fortuna merced a sus más bien desequilibradas teorías. Descubra qué es aprender. Hoy día, el aprender se está volviendo más y más una forma de entretenimiento. En algunas escuelas occidentales, cuando los estudiantes han pasado la escuela secundaria, ni siquiera saben leer y escribir. Y cuando ustedes sí saben leer y escribir, y aprenden diversas materias, ¡son todos personas tan mediocres! ¿Sabe lo que quiere decir la palabra mediocridad? La raíz etimológica significa ascender a medias la colina sin alcanzar jamás la

cumbre. Eso es la mediocridad: jamás exigir lo excelente, lo más elevado de uno mismo. Y el aprender es infinito, realmente no termina jamás.

Entonces, ¿de quién está usted aprendiendo? ¿De los libros? ¿Del educador? O tal vez, si su mente es brillante, ¿de la observación? Hasta donde parece, usted está aprendiendo de lo externo: aprende, acumula conocimientos, y desde esos conocimientos actúa, determina su carrera, etc. Si está aprendiendo de sí mismo —o más bien, si aprende observándose a sí mismo, sus prejuicios, sus conclusiones definidas, sus creencias—, si está observando las sutilezas de su pensamiento, su vulgaridad, su sensibilidad, entonces usted mismo se convierte en el maestro y el discípulo. Entonces no depende internamente de nadie, de ningún libro, de ningún especialista —aunque, desde luego, si se siente mal y tiene alguna clase de enfermedad, tiene que acudir a un especialista; eso es natural, es necesario. Pero el depender de alguien, por excelente que pueda ser, le impide aprender acerca de sí mismo, de lo que usted es. Y es muy, muy importante aprender lo que uno es, porque lo que uno es produce esta sociedad tan corrupta, tan inmoral, en la que hay una extensión tan enorme de la violencia, esta sociedad tan agresiva, donde cada cual busca su propio éxito particular, su propia forma de realización. Aprenda lo que usted es, no por medio de otra persona, sino observándose a sí mismo, sin condenar, sin decir «Esto está muy bien, soy así y no puedo cambiar», y luego seguir como antes. Cuando usted se observa a sí mismo sin ninguna forma de reacción ni de resistencia, entonces ese mismo observar actúa; como una llama, quema las estupideces, las ilusiones que uno tiene.

De modo que el aprender se vuelve muy importante. Un cerebro que cesa de aprender, se vuelve mecánico. Es como un animal amarrado a una estaca; puede moverse sólo según el largo de la cuerda, de la correa que está atada a la estaca. Casi todos estamos amarrados a nuestra propia estaca particular, a una invisible estaca con su cuerda. Uno se mueve de un lado a otro dentro de las dimensiones de esa cuerda, la cual es muy limitada. Es como un hombre que piensa todo el día en sí mismo, en sus problemas, en sus deseos, en sus placeres, en lo que le gustaría hacer. Usted conoce este constante ocuparse de uno mismo. Es muy, muy limitado. Y esa misma limitación engendra distintas formas de conflicto e infelicidad.

Los grandes poetas, pintores, compositores, jamás se satisfacen con lo que han hecho. Siempre están aprendiendo. No es después de que usted ha pasado sus exámenes y ha ido a trabajar, que deja de aprender. En el aprender hay una gran fuerza y vitalidad, especialmente en el aprender acerca de uno mismo. Aprenda, observe de modo que no quede en usted un solo lugar que no haya sido visto, descubierto. Esto implica, realmente, librarse del propio condicionamiento particular. El mundo está dividido a causa de este condicionamiento: usted como indio, usted como americano, como inglés, ruso, chino, etc. Debido a este condicionamiento existen las guerras, la matanza de miles de personas, la desdicha y la brutalidad.

De modo que, tanto el educador como el educando, están aprendiendo en el profundo sentido de esa palabra. Cuando ambos están aprendiendo, no existe el educador ni uno que deba ser educado. Sólo existe el aprender. El aprender libera al cerebro y al pensamiento del prestigio, de la posición, del *status*. El aprender origina igualdad entre los seres humanos.